

UN MODO DE ESCRIBIR LA HISTORIA DE AMÉRICA: EL MAGISTERIO DE ANDRÉS BELLO

El verdadero movimiento retrógrado consistiría en principiar por donde los europeos han acabado.

Todo en Bello fue alocución. Y éste es un rasgo sólo atribuible a los que integran en su nombre el magisterio. La calidad de maestro es un grado insigne. Sólo puede ser otorgada por una multitud que se reconoce deudora de un saber que, como en sus orígenes, es orientado al bien social. Es el único hombre que da un uso primigenio y virtuoso a la mayor cualidad humana. El humanista no es aquel que aglutina erudición, sino aquel que se desprende de todo lo que y que sólo por la realización de un altruismo, sabe derramar su saber. Es un misántropo, no un avaro.

El humanismo y el bien social son características inherentes al maestro, no únicamente prerrogativas éticas. Porque el maestro, si puede denominarse como tal, tiene como ética su propia vocación. La vocación es causa y fin de todo magisterio. Es el hilo atávico que une a la estirpe docente, en concreto, y humana, en general. La docencia está marcada por un paso de la pasividad a una actividad; de la vocación a la invocación; del silencio a la alocución. El discurso magistral es siempre religioso, pero nunca dogmático; es oratoria, pero nunca sofista. La sacralidad de la alocución se encuentra en la preservación de los valores inviolables del hombre, sus derechos y sus obligaciones.

En la *oratoria sagrada* de Andrés Bello se encuentran todos estos elementos siempre orientados a la doctrina, cribada de toda ideología. La pulcritud es un imperativo insistente en la prosa discursiva de Bello. Su palabra persevera en la necesidad de una verdad limpia y no por ello exenta de matices. Es una verdad extraída de las fuentes virginales, pero que no funda su inocencia en su ingenuidad. Postula Bello la oposición entre la inocencia y la ingenuidad. Con ello no sólo nos referimos a la instrucción de los jóvenes, sino a la descalificación de lo indígena como ingenuo, lo que en otros términos, es bárbaro. La igualación entre la barbarie y el indigenismo para Bello es plena contradicción. La dicotomía sarmientina entre Civilización y Barbarie parece tener sentido en cuanto al grado de ductilidad aborigen para la doctrina, la cualidad de ser susceptible a la enseñanza. Mientras que en Sarmiento la dialéctica plantea una rusticidad indígena impermeable a la cultura, Bello pretende, desde el respeto de la dignidad natural del hombre, justamente lo contrario, su autonomía desde su adoctrinamiento. Para Bello la barbaridad indígena no es sinónimo de incultura, ni mucho menos de obstinación ciega que no permite su instrucción, sino una instintiva actitud esquiva a ser domeñada. La cátedra de Bello insta al *non serviam*, proclama una América que alcance la emancipación desde su pensamiento.

De esta última sentencia subyace el mensaje capital de Bello. La tríada América-emancipación-

pensamiento, son el sujeto, el objeto y el modo de su sistema adoctrinador. En el modo radica su gran precepto: la prudencia, la deliberación, y, en este sentido, se desvincula de los movimientos armados que legitiman la libertad. Así, Andrés Bello representa el aspecto más complejo de la Revolución Hispanoamericana. Aquella que dedica su labor a una revolución cultural, desde el fundamento de cualquier civilización, la juventud; en pos de una verdadera libertad, la del pensamiento.

La vida de Bello se consolida en su afán y su dedicación que resisten los envites de la Guerra de la Independencia. Su coherencia no le permitirá plegarse a la oratoria libertadora de Simón Bolívar, su discípulo y compañero diplomático en la embajada venezolana a Londres. La estancia en Londres para conseguir el apoyo del Gobierno inglés para el proceso de independencia no alcanzó el éxito. Pero supuso un viraje importante para la labor de Bello. Lo que al inicio unió a Bolívar y Bello, más tarde los situó en la cara y la cruz de la emancipación Americana. Arciniegas lo resuelve sintéticamente en la siguiente afirmación: *"En la historia de América hay dos hechos de orden muy diferente: el uno es la Revolución de Independencia y el otro es la Guerra de Independencia"*.

LA REVOLUCIÓN PRUDENTE: LA CULTA HISTORIA

*Querrían que este acto
fuese solemnizado con tumultos populares,
que le presidiese todo género de desenfreno,
que se pusiesen en peligro el orden
y las más caras garantías...*

El joven Andrés Bello mantenía una opinión favorable del sistema educativo que instauró el virreinato en la Caracas que, a la sazón, era Capitán Central de Venezuela, lo que la convertía

en un enlace administrativo con la metrópoli. Durante sus años de adolescencia adquirió una gran fama de erudito, orientando sus intereses por la filología, la ciencia y las letras, tras haber logrado alcanzar el grado de bachiller en artes. Fue entonces cuando se dedicó a la labor como tutor para la élite venezolana. Aquí el destino lo uniría a Simón Bolívar. Su relación con el futuro instigador de la Revolución se dilataría con la embajada a Londres. Nombrado miembro del consejo de Gobierno de Venezuela, ascendiendo desde segundo a oficial mayor, asumió sus obligaciones diplomáticas con el Gobierno británico en la transición política que culminaría en 1811, con la declaración de Independencia venezolana. Desde un año antes se establecería en la capital londinense en la cual satisfaría sus inquietudes filológicas sobre griego y latín en las Bibliotecas estatales británicas, sus estudios sobre la literatura medieval española y la ampliación de sus conocimientos como jurista.

Los intentos españoles por recuperar el gobierno venezolano cambiaron el signo de su vida en Londres, desde donde participaba activamente en la redacción de revistas entre las que destacan *La Biblioteca americana* y *El Repertorio americano*, en la que, además, fue miembro directivo. Ambas constituyen un foco de dinamización cultural de Hispanoamérica. De embajador a exiliado, pasó a engrosar, desde entonces, el colectivo hispano que compartía esta misma condición con los liberales españoles. Destaca entonces los enlaces afectivos que estableció con Francisco de Miranda, gran libertador y crítico la situación colonial. El criollo venezolano de origen canario dispuso su biblioteca al servicio de Bello. La figura de Miranda alcanza matices universales, rasgos míticos. Hombre de armas y letras, dedicado a la lucha armada en pos de los pueblos, intervino en las más trascendentales contiendas independentistas de Occidente: La Revolución Francesa y las Guerras de Independencia de Estados Unidos y de la propia Venezuela. Su carrera militar le erigió como héroe de

las Revoluciones, siendo un miembro destacado de la Historia universal y venezolana. Aquella nueva historia de la humanidad, en la que la voz de América empezaba a escribirse con sus propias rúbricas. Con él se alzaría la bandera tricolor con ayuda de los británicos. A petición de Bolívar desempeñará más tarde labores presidenciales de Venezuela con tintes dictatoriales tras la declaración independentista. Paradójicamente, el mismo Bolívar lo entregaría a las fuerzas españolas, interpretando el armisticio con éstas como una traición.

Bello también sería tentado por el revolucionario Bolívar otro criollo de orígenes vizcaínos. Es anecdótico, pero altamente aguerrida y vehemente la labor de los dos criollos. Miranda y Bolívar, asumieron con valentía y obstinación sus correspondientes papeles en la historia de Hispanoamérica. Es interesante como el sentimiento nacionalista puede llegar a cotas tan beligerantes en el criollismo. Quizá el emigrante, al no asentar raíces, tradiciones primeras, orígenes, necesite un reconocimiento ya no en la diversidad de patrias por las que lucha o debate su vida, sino en las razones más altas, en los ideales universales, como el de la libertad. Pero esa libertad se convierte en un apremiante espejo donde retratarse, ver su cara, asumir su realidad de indígena, de hombre blanco y sobre todo, de mestizo.

Los caracteres del criollo impregnan a esta América que tiene también que reconocerse, asumirse, inevitablemente por la agresiva y expeditiva vía de las guerrillas. Este desenfreno revolucionario contrastaría con la revolución prudente que entendió Bello como la necesidad de interpretar la historia de un presente en ebullición, cuya precipitación eran pasos decisivos y perdurables. Palparía en Bello la urgencia de administrar una sobredosis de sucesos que tenían la pátina histórica de lo perdurable desde su

mismo acontecer. El apasionamiento que produjo en él Montesquieu, y en concreto su obra, *El espíritu de las leyes*, unido al pleno contacto con el Romanticismo inglés, le pertrechó para un objetivo, estimado como crucial: la reconstrucción histórica de las particularidades de cada una de las naciones hispanoamericanas. Su edad histórica, prácticamente núbil, unida a una conciencia individualizada daría lugar a la genuina autonomía. Su concepción de un Nuevo Mundo que aún no tenía una Historia y que necesitaba rescatar su pasado, aglutinando todos los matices, bajo el prisma analítico y microcópico de las diferencias de cada pueblo.

La virtud crítica a la que debía aspirar todo historiador hispanoamericano era aquella que hacía no rechazar ninguna influencia aunque siempre con un filtro consciente y atento que dirimiese lo mejor de cada una de ellas. Con ello, evidenciaba su defensa de la experiencia europea y norteamericana pero también llamaba la atención a sus deficiencias. Su deseo era que las *Luces* no cegasen.

Es una especie de fatalidad la que subyuga las naciones que empiezan a las que las han precedido. Grecia avasalló a Roma; Grecia y Roma a los pueblos modernos de Europa, cuando en ésta se restauraron las letras; y nosotros somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de la Europa, a quien, al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces, debiéramos imitar en la independencia del pensamiento.

La moderación de esta postura conciliadora de ambos mundos, el europeo y el americano, le sitúa como uno de los pioneros en la defensa de esa doble naturaleza de la *raza cósmica* defendida más tarde por otro maestro revolucionario, Vasconcelos.

Esta empresa reconstructiva que él entendió, desde el prisma pedagógico, como el salto metodológico que media entre el estudio y la escritura de la Historia, se desarrollaría plenamente tras desvincularse de la política revolucionaria de Venezuela. Seducido por la influencia de otra importante amistad londinense, la de Antonio José de Irisarri, diplomático chileno, quién le permitió trabajar como su secretario, se instalaría en Bello la idea de volver a América. Será Chile la nación que encandilaría a Bello, el cual, como adelantamos, se negaría a la tentativa de Bolívar de volver a Venezuela y organizar la educación del país que lo vio nacer.

Rotas las alianzas con Venezuela y Bolívar, consagrará el resto de su vida a la política y la educación chilenas. Tras su llegada a Santiago en 1829, fundará el Colegio de Chile y participará en el diario *El Araucano* donde surgieron importantes artículos para esta labor reformadora de la perspectiva histórica. Para Bello, la independencia parte, ya no de la instauración de nuevos regímenes políticos, sino de la configuración cultural propia. La cosmovisión hispanoamericana adolecía de una miopía europea. El primer aspecto lo manifestó en su artículo *Las repúblicas hispanoamericanas*. En él se desprestigia a los "amantes de los principios", en este sentido, los filósofos, como fiables consejeros en la aplicación de patrones gubernamentales. El exceso de abstracción se aleja de una satisfactoria adecuación de los principios europeos a la concreción hispanoamericana. Bello impugnaba dicha práctica y reorientaba la focalización a la Independencia de los Estados Unidos, que fueron modelo también para las revoluciones europeas. La Praxis supeditaba a la Teoría. Lo inmanente de cada nación debía repercutir en la formalidad de su gobierno. Esa tendencia miope venía dada por el lastre colonial de una "clase numerosa e influyente" que aquejaba aún a las recién nacidas repúblicas. Las "instituciones libres" que posibilitaban el desarrollo propio, no se aclimataron al choque de intereses entre liberales y

conservadores, plagiado *sui generis* de España: los filósofos y los simpatizantes de la vieja metrópoli. Estos eran los principales "enemigos de la Independencia".

No obstante, con lo dicho no se paliaba otra posible amenaza. Este aspecto, que anteriormente hemos expuesto como un argumento que explica la complejidad de la Independencia, es la postura en cierta medida *contrarrevolucionaria* que asume Bello.

Estas ideas son plausibles; pero su exageración sería más funesta para nosotros que el mismo frenesí revolucionario.

De esta manera, incluso sobre los postulados inductivos de Bello, mediante los que pudieran extraerse las reglas de administración de los poderes gubernamentales (divididos ya por Montesquieu) de la realidad americana, esto es, el propio *espíritu de sus leyes*, se debe volcar la actitud crítica, el filtro prudente.

Estas convicciones mantienen su coherencia años después durante la polémica con el historiador Jacinto Chacón. Seguía invadiendo la voz de Bello, la denuncia de una situación desfavorable para el peculiar *ensayo* de la independencia. La dicotomía que asentaba sus polos en cada contendiente era la que suponía dos procedimientos de análisis histórico. El método *ad probandum* que acostumbrado a itinerarios históricos amplios, vagaba desconcertado por la pequeña historia de Chile "*independiente, que está por escribir, porque de ella no han salido a luz todavía más que unos pocos ensayos*". Este era el defendido por Chacón. Por otro lado, la postura de Bello mantenía la opinión de que no era un estudio con instrumentos ajenos lo que requería la historia de la naciones americanas, sino un proceso de reconstrucción que, aún en proyecto, el método analítico de Chacón ya presuponía.

Pero cuando la historia de un país no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado. Cite el que lo niegue una sola historia general o especial que no haya principiado así.

En esta diatriba con el profesor de historia del Instituto Nacional de Chile se incluía un aspecto muy representativo de la historia de América. La cuestión de Bello es capital para vislumbrarlo: *¿Por cuál de los dos métodos deberá principiarse para escribir nuestra historia?* En ella se problematiza el descubrimiento de América resemantizado. Bello postula en 1848, año en que se sucederán las revoluciones europeas de la “Primavera de los pueblos” a tenor de las consecuencias de la Revolución francesa, la epifanía interna del continente Americano. La Utopía que dejaba de ser una ilusión de Europa para reubicarse como lugar existente en tierra firme, por lo que, debe deslavazarse del imaginario que aún lo considera ese Edén extraño. Sin embargo, Bello considera propicio el arranque occidental de la cultura: el género épico. La re-creación histórica como autorretrato cultural indispensable para operar libremente.

El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica.

Esta cuestión quedaba expuesta en otro de sus artículos publicados en *El Araucano: Modo de escribir la historia*. Éste fue renombrado como *La autonomía cultural de América* donde se refleja claramente la contrarréplica de Bello a su atacante. La visión romántica y folklorista que Bello inculcaba en su propuesta de aproximación histórica no casaba con el firme sistema “filosófico” que privilegiaba las abstracciones teóricas y sistematizaciones que forzaban los hechos a su molde *ad hoc*. La “narración” contra la “sistema-

tización”. La epopeya contra el tratado. No obstante Bello esgrimía una indulgencia que no excluía la teorética abanderada por Chacón.

No es nuestro ánimo decir que entre los dos métodos que podemos llamar narrativo y filosófico haya o deba haber un separación absoluta. Lo que hay es que la filosofía que en el primero va envuelta en narrativo y rara vez se presenta de frente, en el segundo es la parte principal a que están subordinados los hechos, que no se tocan ni se exponen, sino en cuanto conviene para manifestar un encadenamiento de causa y efectos, su espíritu y sus tendencias

A la moderación y la prudencia, se le seguía uniendo el principio aristotélico del *justo medio*, anticipado por el precepto que niega la desmesura de Solón de Atenas, uno de los siete sabios de Grecia mencionado por Bello. Estas virtudes serán el magisterio más tenaz de Bello, en una suerte de *apriorismo* necesario para la revolución cultural de Hispanoamérica. Los citados textos supondrán, en última instancia, un llamamiento a los jóvenes, que para una civilización son el cimiento; para un maestro, un fin vocacional.

Pero deseábamos hablar a los jóvenes. Nuestra juventud ha tomado con ansia el estudio de la historia.[...] Quisiéramos sobre todo precaverla de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa.

Este es el fin último que persiguió la vida de Bello, y al cual hemos aludido en un principio: la liberación de los yugos racionales de las lógicas europeas y todos sus *modus operandi* que quieren imperar hasta anquilosar las mentes y su desarrollo natural. La forma del pensamiento es por tanto una forma de ser. ¿Cómo ser entonces libre en tus actos sin alcanzar una autonomía de pensamiento? La ilusión de libertad tendría como escena la Guerra de Independencia. La apariencia formal, la firma de un tratado, no legitima

per se la liberación. América se convertiría en una nueva idealización que esta vez no sería el germen de la república perfecta, sino el terrible advenimiento de su opuesto, la distopía americana cantada por la literatura en multitud de regímenes dictatoriales. Y esa literatura que debía narrar la historia, cumplirá su cometido, pero ya sin un ápice de las optimistas palabras con que inauguraba Bello el crepúsculo de nuevos ídolos a nuevas generaciones.

¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas.[...] ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América?

LA NUEVA EPOPEYA AMERICANA: LA DULCE RIMA

*Digna que la lleven dulce rima
y culta historia al tiempo más lejano*

En *El Araucano* manifestaba a través del artículo ensayístico un marco de acción templada, astuta, individual, cultural y sobre todo pacífica. Una visión histórica que no desdeñase lo mítico, lo natural, lo legendario, para Bello tan histórico como los acontecimientos. La defensa del método *ad narrandum* para escribir la historia desemboca en una Historia que se convierte en su escritura. Una escritura que genera en sí la Historia. Los anhelos de Bello eran profetizados ya en Londres. Lugar donde la miseria, el amor y la amistad nunca le abandonaron e hicieron de él lo que el pueblo americano necesitaba: su aedo, su primer Homero. Paralelamente tendría en Bolívar su *Ulises criollo*. Así su *Odisea* será *América*, primer título con la que apareciera en la *Biblioteca americana*.

La alocución, su principal estilo doctrinal se presta para alistar a la Poesía en las filas de su

revolución prudente. En su deseo de emular a Europa en lo mejor insta a la *divina* que es apta para las labores de enseñanza, "*maestra de los pueblos y los reyes*", e incluso para el tipo de doctrina que necesita América: el de sus leyes naturales. Parece que sólo la poesía está capacitada para principiar la revolución cultural americana, solo los pinceles miméticos de la creación poética muestran la naturaleza en su estado verdadero, más allá de las abstracciones, o las costumbres de la colonia, obnubiladas de antiguas resistencias araucanas. La Naturaleza siempre renace, el hombre no puede acabar con ella. La Poesía como vehículo de leyenda y mito, otorga esos tintes legítimos que parecían ya no pertenecer a la Historia americana. Esta "usurpación del culto" a los mortales de la alegórica Poesía, que los convirtiera en Mito, es causada por la Filosofía, engendradora de falacias occidentales.

*No te detengas, oh diosa,
Esta región de luz y de miseria,
En donde tu ambiciosa
Rival filosofía,
Que la virtud a cálculo somete,
De los mortales te ha usurpado el culto.*

Esta oposición entre Poesía y Filosofía, sería, por un lado, la anticipación de esa polémica con los modos de aproximación a la Historia, pero principalmente, la codificación poética de la dicotomía de Domingo Faustino Sarmiento, el cantor de la Revolución porteña, el homólogo a Bello en el Sur. La distancia no se mantenía sólo en el espacio, sino también en las concepciones diametralmente opuestas con respecto a Europa. Poesía y Filosofía en la *Alocución a la poesía* para Bello se equiparaban a Barbarie y Civilización, en el *Facundo* de Sarmiento. Mientras para Bello la Filosofía civilizadora no era más que otro modo de esclavizar al indígena que permanecía vivo en el corazón americano, para Sarmiento ese corazón indígena estaba ya *facundado*. Si Bello pro-

ponía una alocución a la Poesía, Sarmiento invocaba a su Facundo.

“¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!”

Para Sarmiento ese bárbaro tampoco había muerto, pero la rusticidad natural ya no era su naturaleza, vivía alojado en el “molde, más acabado, más perfecto” de los personajes como Juan Manuel de Rosas. Para Bello, el escenario de la Pampa, donde ubicaba Sarmiento esta grotesca metamorfosis, no podía ser entonces otro que allí “donde la coronada hidra amenaza/traer de nuevo el pensamiento esclavo/la antigua noche de barbarie y crimen” y donde las libertades sólo eran propiedad de dislates quijotescos, donde la religión era un servilismo dogmático a la pompa occidental.

La controversia entre Sarmiento y Bello podría tener su correlato en el ámbito ilustrado en la crítica de Rousseau a Hobbes. En su obra *El contrato social*, Rousseau en la estela del Montaigne defensor de los caníbales, desarrolla la famosa figura del *bon savage*. Con ella alegará en contra del *homo hominis lupus est*, la inocencia de un hombre genuino en su ignorancia no conoce ni el bien y el mal, pues “ni el desarrollo de las luces, ni el freno de la ley, sino la calma de las pasiones y la ignorancia del vicio quienes le impiden hacer el mal”. Es esta calma de las pasiones quizá viera Bello un argumento brillante y en la ignorancia del vicio un apoyo a su verso: “la corrupción cultura se apellida”.

Restituirá la Poesía, la *Natura inocente*, y con ella se iniciará el itinerario revolucionario desde Argentina hasta Venezuela, desde el Ávila hasta los Andes. Pero lo suyo no será una Guerra, sino

un peregrinaje mítico por los cultos míticos y los sinuosos relieves de las *selvas eternas* dónde sólo puede existir la pugna entre ramas y raíces.

*En densa muchedumbre
ceibas, acacias, mirtos se entretajan,
bejucos, vides, gramas:
las ramas a las ramas
pugnando por gozar de las felices
auras, y de la luz, perpetua guerra
hacen, y a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.*

De las ascendencias míticas de los personajes legendarios como Nenquetebe y Huitaca, constituyendo un génesis análogo al bíblico de Adán y Eva, a los entornos paradisiacos como el *locus amoenus* de las aguas tranquilas de Coquimbo, la Poesía ya para Bello, *diosa de la memoria*, erigirá la verdadera faz de América desde la fértil cuna del Cóndor. Aún sabe este aedo que los excesos de la Guerra existen pero no podrán derrumbar el fornido edificio de la libertad.

*Pero la libertad, bajo los golpes
Que la ensangrientan, cada vez más brava,
Más indomable, nuevos cuellos yergue,
Que al despotismo harán soltar la clava.*

Todo poeta es visionario, así como todo Homero será un Tiresias. Por ello, la vehemencia con la que Bello prodiga las necesarias virtudes y los derechos naturales de su tierra indiana, se manifiesta con el desasosiego premonitorio de un futuro esplendoroso: “Huid, días de afán, días de luto, y acelerad los tiempos que adivino”. Bello en la embriaguez épica de su sublime epopeya, comulga de la Poesía pero no predica que él no puede afrontar la ardua tarea de escribir la Historia.

*Mas no a mi débil voz la larga suma
De sus victorias numerar compete;
A un ingenio más feliz, más docta pluma,
Su grata patria encargo tal comete.*

Entonces la tarea del profeta se dedica a la prédica del Mesías, del Marón americano. Aquel con sus dotes de apóstol cante ese *yaraví amoroso*, ese son melancólico que insistentemente Bello promulga desde el comienzo. El canto natural, no afectado y artificioso de esa *avecilla* que *en no aprendidos tonos, endechas de amor canta*. La tierra chilena, donde Bello asentaría finalmente su "casa", su cátedra y su voz adoctrinadora, daría a la tiempos futuros, la voz poética de un joven también inclinado por la vocación educadora que sería el gran poeta de la historia americana, Neftalí, el que después de la lucha, saldrá con victorioso canto a de las alturas de Macchu Picchu.

De esta manera, con los servicios de la *diosa de la memoria*, la Historia americana sabría por dónde comenzar. Ya el discreto aliento de Sor Juana Inés era profético. Con ella, prorrumpían palabras ahítas de derecho identitario en contra de la colonización cultural e idealizante de aquel espejismo falso de las crónicas del Nuevo Mundo.

*No soy yo la que pensáis
Sino es que allá me habéis dado
Otro ser en vuestras plumas
Y otro aliento en vuestros labios,
Y diversa de mí misma
Entre vuestras plumas ando,
No como soy, sino como
Quisisteis imaginarlo.*

El afán de asumir las riendas de la Historia cumple con los designios barrocos de la novicia mexicana y con el impulso libertario del roman-

ticismo ilustrado del maestro venezolano. Forjar los pilares de su cultura americana, así, cósmica y pura, sería ya posible tras el relevo del Samán de Bello, por el Gran Semí de Martí. Otorgada la libertad y la igualdad, se dispensaría el último rugido del deseo revolucionario: la fraternidad de una América, por fin, nuestra.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCINIEGAS, Germán, *El pensamiento vivo de Andrés Bello*, Losada. Buenos Aires, 1958.
- BELLO, Andrés, *Antología de discursos y escritos*. Editora Nacional. Madrid. 1976.
- *Temas de historia y Geografía*, (Prólogo de Mariano Picón-Salas) Obras completas. Ministerio de Educación, Caracas, 1957.
- DE LA CRUZ, Sor Juana Inés, *Poesía Lírica*, Cátedra, Madrid, 2003.
- GRASES, Pedro, *Andrés Bello, el primer humanista de América*. Ediciones del Tridente, Buenos Aires, 1946.
- IGLESIAS, M^a del Carmen, *El pensamiento de Montesquieu: ciencia y filosofía en el siglo XVIII*. Galaxia Gutemberg-Círculo de lectores. Barcelona, 2005.
- MARTÍ, JOSÉ, *Nuestra América*, Ariel, Barcelona, 1973.
- NERUDA, Pablo, *Canto general*, Seix-Barral, Barcelona, 1983.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *El contrato social o principios de derecho político*. (trad. María José Villaverde) Tecnos, Madrid, 2002.
- USLAR PIETRI, Arturo, *La otra América*, Alianza, Madrid, 1974.
- VASCONCELOS, José, *La raza cósmica*, Aguilar, México, 1976.

ENLACES EN INTERNET

Bello y Lastarria en controversia

Por Oscar Ignacio Olavarría Aqueveque en *La semana jurídica*

<http://www.lexisnexus.cl/lasemanajuridica/1365/article-31289.html>

La página de Andrés Bello. (Biográfica)

<http://www.geocities.com/Athens/9505/andresbello.html#caracas>

JUAN MANUEL SÁNCHEZ MEROÑO

I.E.S. Maestro José Jurado Espada (Sevilla)